RESEÑAS

Noam Chomsky, *Estados canallas. El imperio de la fuerza en los asuntos mundiales*, Barcelona, Paidós, 2001

Noam Chomsky es uno de los intelectuales norteamericanos contemporáneos más reconocidos.

Muchos lo consideran uno de los más grandes intelectuales del siglo XX, con merecimientos suficientes para ser colocado al lado de personajes como Freud o Einstein.

Chomsky se ha ganado este reconocimiento debido a sus contribuciones en el terreno de la lingüística, en donde ha producido una verdadera revolución. En este campo, ha sido identificado por su teoría de la gramática generativa, la cual plantea que el lenguaje humano no es una capacidad adquirida por la socialización, sino una facultad innata, un producto de la evolución humana que ha transformado el cerebro de manera que todo individuo nazca con la capacidad de adquirir el lenguaje.

Sin embargo, este conocido profesor de lingüística del Instituto Tecnológico de Massachussets ha incursionado prolíficamente en otro terreno distinto al de las humanidades: la política y las relaciones internacionales. Para algunos, su contribución en esta materia ha producido una segunda revolución chomskiana, debido a que se ha convertido en uno de los críticos más acérrimos del capitalismo, la democracia liberal y la política exterior de Estados Unidos.

Este prestigiado profesor de lingüística se declara a sí mismo heredero de las ideas anarquistas y defensor del socialismo libertario; ha penetrado con gran vigor en el campo de las ciencias políticas y sociales, al grado de producir en los últimos treinta años más de treinta libros. Uno de los más recientes es *Estados canallas*, una compilación de una serie de textos y conferencias producidas entre 1997 y 2000.

En este libro, así como en la mayor parte de los anteriores, Chomsky emprende una crítica feroz y atropellada de todo lo que puede considerarse el credo americano. Para llevar a cabo su empresa, recurre a una gran variedad

de fuentes de información muchas veces de manera azarosa y poco sistemática; adopta como método esencial de demostración y exposición de enhebramiento de un enorme volumen de información y datos dispersos de la más diversa procedencia, que funciona más apropiadamente como un *collage* propagandístico que como una sólida argumentación académica. Es muy probable que sea ésta la razón de que la lectura de los textos de Chomsky en esta materia infunda una especie de impaciencia y perplejidad, cuya explicación sea el hecho de que no parezca haber detrás de sus comentarios fustigantes ninguna teoría política articulada o una alternativa de acción válida que se desprenda de sus afanes críticos.

Desde luego, esto no significa que muchas de las críticas de Chomsky se hallen infundadas o no sean pertinentes. Por el contrario, es muy probable que su calidad de intelectual incómodo para la clase política y una buena parte de la intelectualidad norteamericana se deba precisamente a la pertinencia de esas críticas. En este libro, por ejemplo, Chomsky califica a Estados Unidos como un Estado ca-

nalla; es decir, aquel que no se siente obligado a actuar conforme a las normas internacionales. Este tipo de caracterización bien podría aplicarse a una larga serie de regímenes antiguos y contemporáneos; sin embargo, dentro de estos últimos, Estados Unidos es el que ocupa el primer lugar.

Chomsky considera que la política internacional de Estados Unidos está guiada por el pragmatismo más infame. Considera que desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, y de manera más acentuada desde el fin de la guerra fría, se ha atribuido la tarea de proteger al mundo entero de sus enemigos, esto es, de todas aquellas amenazas que a su juicio se ciernen sobre éste. Sin embargo, encubierto por lo que aufemísticamente ha llamado intervención humanitaria, Estados Unidos ha emprendido la protección y la defensa abierta de sus propios intereses y la de los países ricos. Para hacerlo, se ha valido de todos los recursos, desde el apoyo y auxilio a otros Estados canallas, como Israel, Indonesia o Irak —que a su vez agreden a terceros países—, hasta el despliegue de un verdadero terrorismo de Estado. Para alcan-

zar sus objetivos, este país no se detiene ante nada; lo mismo ocurre a la intervención militar en otros países que al derrocamiento de regímenes en sustancia democráticos; a la subordinación de organismos internacionales como el FMI y el BM o al desacato de las resoluciones del Tribunal Internacional de Justicia y de la misma ONU.

En su condena absoluta a la política exterior de Estados Unidos, Chomsky no duda en defender a Cuba y proponerla como un ejemplo a seguir para los países pobres. No repara en la contradicción a la que esto lo conduce, pues su adherencia teórica al anarquismo y al socialismo libertario lo contraponen de manera automática y consciente al marxismo-leninismo, la ideología que está detrás de la Revolución Cubana y que continúa siendo la principal base ideológica de la legitimidad del régimen cubano.

No obstante, comparte con el marxismo el rechazo hacia el mercado como base de la organización económica. Para Chomsky, la teoría del libre mercado encubre la práctica muy común del capitalismo de socializar los riesgos y

privatizar los beneficios; de aplicar a los pobres la disciplina del mercado y otorgar a los ricos el subsidio del Estado. En su perspectiva, no es otro el sustento ideológico de los tratados comerciales internacionales, aquellos que protegen a las corporaciones y abandonan a su suerte a los individuos; que reconocen los derechos de las corporaciones y niegan, con sus acciones el derecho de huelga de los trabajadores al amenazarlos con transferir la producción y los empleos a otro país.

La misma condena que lanza Chomsky en contra del mercado la dirige también contra la democracia occidental. Desde su punto de vista, las democracias occidentales desprecian de todas las formas posibles los derechos económicos, sociales y políticos de los individuos; son regímenes que facilitan y promueven la definición de la política por parte del poder del dinero. Esta realidad determina el hecho de que en estas democracias el poder radique en una élite impenetrable, en esencia, se trata del mismo tipo de régimen que Madison propuso hace más de doscientos años para neutralizar y bloquear el poder de la masa.

Así, Chomsky considera que el único tipo de democracia con el que Estados Unidos puede coexistir y cooperar es el que se organiza de arriba hacia abajo. Debido a esta inclinación, se ve siempre orillado a atacar y agredir a todos aquellos modelos de democracia sustancial los que se constituyen de manera inversa, es decir, de abajo hacia arriba, dado que éstos son los únicos que pueden comprometerse con los valores más auténticos de la libertad, la soberanía popular y los derechos humanos.

Sin embargo, los referentes teóricos políticos tan poco claros lo llevan a cometer evidentes errores en sus apreciaciones históricas y política. Un ejemplo transparente para nosotros es la forma en que interpreta y presenta el caso mexicano. Chomsky asegura simple y llanamente que México es una dictadura; más aún, afirma también que Estados Unidos impulsó al TLC para bloquear cualquier posibilidad de reforma democrática en México.

Es cierto que el caso del régimen político mexicano del siglo XX ha sido un galimatías para los politólogos que han tratado de

definirlo. No obstante, la mayor parte de los que se han ocupado con seriedad del asunto se han abstenido de clasificarlo, por ejemplo, dentro de la categoría del autoritarismo, y mucho menos se han aventurado a calificarlo de dictadura. Existen muchas razones que les asisten en ello, sin embargo Chomsky no las toma en cuenta y sin temor lanza esta afirmación.

La mayor parte de los análisis que se han hecho sobre la apertura comercial de México dan cuenta de los diversos pero confluentes intereses que llevaron a cada uno de los tres gobiernos involucrados a buscar la aprobación del tratado comercial, por lo que sería más que impreciso atribuir a Estados Unidos la iniciativa exclusiva para llevarlo a cabo. Son menos los que consideran que el objetivo central del tratado es maniatar en política al país, es decir, que no sólo se trata de un asunto económico y comercial. Sin duda alguna los tratados comerciales de este tipo tienen objetivos y consecuencias políticas muy serias, pero a la luz de los acontecimientos de la década anterior, difícilmente podría decirse que el TLC ha servido para bloquear la reforma democrática en

México. Sin embargo, de nuevo, Chomsky no se detiene y sustituye el análisis por la denuncia, la comprensión por la consigna, y evidencia una lamentable carencia de teoría política en una persona que

se ha creado una de las teorías lingüísticas más influyentes del siglo XX.

Roberto García Jurado